

no tienen la misma significación ni la misma urgencia que tenían hace treinta años cuando se escribieron? ¿O hace doce años, cuando se preparó la primera edición de este libro? Diría yo que, efectivamente, han cambiado de significación: al cambiarse el contexto, inevitablemente se cambia el significado de la obra. Pero no por eso es menos urgente. *Escuadra hacia la muerte* y *La mordaza* son tan vigentes hoy como en 1954 o 1973. Si bien es cierto que las condiciones inmediatas del contexto ya son otras, sólo un análisis muy superficial pretendería hacer de una obra simple espejo de condiciones sociales pasajeras. La más profunda significación de estas obras no procede de su relación con las circunstancias del momento, sino de la denuncia que hacen del problema de la libertad y la dignidad humanas. Este problema es una constante de la existencia humana. Será más evidente en momentos de clara represión política, pero nunca deja de existir porque nunca dejan de existir instituciones e individuos que pretenden controlar a otros seres humanos. El autoritarismo y la urgencia de combatirlo: éste es el meollo dramático de estas obras, y no es menos vigente hoy que hace treinta años. Sean los que sean los cambios políticos recién realizados, el hombre de hoy sigue sujeto a "largas marchas sin sentido" y "caminos que no van a ninguna parte". Sigue rodeado de amenazas invisibles, capaces de acabar con el mundo en pocas horas. Sus instituciones siguen en manos de individuos, con frecuencia también invisibles, que desde la arrogancia y la ignorancia disponen de su vida como quieren. Sin embargo, la otra cara de la moneda es que el hombre de hoy sigue vendiendo su libertad: por miedo, por confianza, por pereza, por beneficios materiales. La dialéctica esclavitud-libertad nunca ha sido más vigente. Estas dos obras siguen apuntando a las autoridades represivas que nos mandan..., pero también a los que las dejamos mandar.

F. A.

Alfonso Sastre, Escuadra hacia la muerte,
Madrid, Castalia, 1988

ESCUADRA HACIA LA MUERTE

DRAMÀ EN DOS PARTES

ADOLFO. *(Cuando ha saboreado la última gota voluptuosamente.)* Cabo, no creo que un poco más de coñac nos hiciera daño. Sólo... un poco. Con este frío...

CABO. *(Bebiendo lo suyo, que acaba de echarse.)* Lo poco que bebemos es porque hace frío. Hay que tener cuidado con el alcohol. He visto a magníficos soldados perder el respeto al uniforme... por el alcohol.

PEDRO. ¿Usted... ha sido soldado toda su vida?

CABO. *(Apura el coñac.)* Sí.

PEDRO. *(Tratando de conversar con él.)* ¿Cuánto tiempo hace que viste el uniforme, cabo? Es una forma de preguntarle cuántos años tiene.

CABO. Tengo treinta y nueve... A los diecisiete ingresé en la Legión, pero desde pequeño era ya soldado... Me gustaba...

PEDRO. *(Ríe.)* ¡Es usted un hombre que no ha llevado corbata nunca, cabo!

(Una pausa. Pedro deja de reír. Un silencio.)

CABO. Este es mi verdadero traje. Y vuestro "verdadero traje" ya para siempre. El traje con el que vais a morir. *(Ante el gesto de los otros se ríe él. Ellos se miran con inquietud. El gesto del Cabo se endurece, y añade:)* Este es el traje de los hombres: un uniforme de soldado. Los hombres hemos vestido siempre así, ásperas camisas y ropas que dan frío en el invierno y calor en el verano... Corrajes... El fusil al hombro... Lo demás son ropas afeminadas..., la vergüenza de la especie. *(Mira a Javier detenidamente. Éste finge que se le han empañado las gafas y las limpia.)* Pero no basta con vestir este traje..., hay que merecerlo... Esto es lo que yo voy a conseguir de vosotros..., que alcancéis el grado de soldados, para que seáis capaces de morir como hombres. Un soldado no es más que un hombre que sabe morir, y vosotros vais a aprenderlo conmigo. Es lo único que os queda, morir como hombres. Y a eso enseñamos en el Ejército.

PEDRO. Cabo, había oído decir que en el Ejército se enseñaba a luchar... y a vencer, a pesar de todo.

CABO. Para luchar y vencer, antes es preciso renunciar a esta perra vida. Vosotros no habéis renunciado aún, ¿verdad? Todavía os queda un cochino resquicio de esperanza. No sois soldados. Sois el desecho, la basura, ya lo sé..., hombres que sólo quieren vivir y no se someten a una disciplina. ¡Indisciplinados y cobardes! Bien. Vais a tragar la disciplina del cabo Goban, la disciplina de un viejo legionario. Necesito una escuadra de soldados para la muerte. Los tendré. Los haré de vosotros. Los superiores saben lo que han hecho poniendo esta escuadra bajo mi mando. Voy a ir con vosotros hasta el final. Voy a morir con vosotros. Pero vais a llegar a la muerte limpios, en perfecto estado de revista. Y lo último que vais a oír en esta tierra es mi voz de mando. ¿Qué os parece la perspectiva?

ADOLFO. *(Con voz ronca.)* Cabo.

CABO. ¿Qué?

ADOLFO. *(Con una sonrisa burlesca.)* Ya sé qué clase de tipo es usted. Usted es de los que creen que la guerra es hermosa, ¿a que sí?

CABO. *(Mira a Adolfo fijamente.)* Si a ti no te gusta trata de marcharte. A ver qué ocurre. *(Javier murmura algo entre dientes.)* ¿Dices algo tú?

JAVIER. No, es que... me he hecho daño en un dedo al meter el cierre.

CABO. Parece ser que eres "profesor". Tendrás teorías sobre este asunto y sobre todos, supongo. Explícanos tus delicadas teorías. Es hora de que oigamos algo divertido. ¡Vamos! ¡Habla!

JAVIER. *(Con nervios.)* Oiga usted, cabo, no tengo interés en hablar de nada, ¿me oye? Estoy aquí y le obedezco. ¿Qué más quiere?

CABO. *(Le corta.)* Eh, eh, cuidado. Menos humos. No tolero ese tono..., "profesor".

JAVIER. Perdóneme... Es que... estoy nervioso.

militares. Vete tú a hablarle de compasión y de amor al prójimo.

JAVIER. *(Que habla débilmente.)* Tiene razón Andrés. Toda su moral está escrita en los capítulos de las Ordenanzas del Ejército. Y si sólo fuera eso... pero además es agresivo, hiriente. Anoche trató de burlarse de mí, contando lo que a nadie le importa. ¿Qué tiene él que decir de nosotros? ¿No os disteis cuenta? Parecía que nos amenazaba con contar lo que sabe de cada uno. Yo creo que a nadie le importa la vida de los demás.

(El enfermo dice algo que no llega a oírse.)

PEDRO. *(Se acerca.)* ¿Qué dices?

LUIS. *(Hace un esfuerzo.)* A mí no me importa decir por qué me trajeron a esta escuadra. Me negué a formar en un piquete de ejecución. Eso es todo. Yo no sirvo para matar a sangre fría. Lo llaman "insubordinación" o no sé qué. Me da igual. Volvería a negarme... PEDRO. Bien, cállate. No te conviene hablar ahora. Te subiría la fiebre. Lo que tienes que hacer es descansar.

LUIS. Yo... he querido decir...

PEDRO. Te hemos entendido. Calla.

(Javier se ha levantado y está en pie, un poco apartado. Enciende un pitillo. Fuma. En pie. Inmóvil.)

ANDRÉS. *(Ha guardado los cacharros de afeitarse. Queda sentado en su petate.)* Mirándolo bien, es horrible lo que nos ha ocurrido a nosotros, por una cosa o por otra.

JAVIER. Sí.

ANDRÉS. Está es una ratonera. No hay salida. No tenemos salvación.

JAVIER. Esa es *(Con una mueca.)* la verdad. Somos una escuadra de condenados a muerte.

ANDRÉS. No, es algo peor... de condenados a esperar la muerte. A los condenados a muerte los matan. Nosotros... estamos viviendo...

PEDRO. Os advierto que hay muchas escuadras como ésta a lo largo del frente. No vayáis a creer que estamos en una situación especial. Lo que nos pasa no tiene ninguna importancia. No hay nada de qué envanecerse. Esto es lo que llaman una "escuadra de seguridad"... un cabo y cinco hombres como otros...

(Andrés no le oye.)

ANDRÉS. Estamos *(Con un escalofrío.)* a cinco kilómetros de nuestra vanguardia, solos en este bosque. No creo que sea para tomarlo a broma. A mí me parece un castigo terrible. No tenemos otra misión que hacer estallar un campo de minas y morir, para que los buenos chicos de la primera línea se enteren y se dispongan a la defensa. Pero a nosotros, ¿qué nos importará ya esa defensa? Nosotros ya estaremos muertos.

PEDRO. Ya está bien, ¿no? Pareces un pájaro de mal agüero.

ANDRÉS. Si es la verdad, Pedro... Es la verdad... ¿Qué quieres que haga? ¿Que me ponga a cantar? Es imposible cerrar los ojos. Yo... yo tengo miedo... Ten en cuenta que... yo no he entrado en fuego aún... Va a ser la primera vez... y la última. No me puedo figurar lo que es un combate. Y... ¡es horrible!

PEDRO. Un combate no es nada. Lo peor ya lo has pasado.

ANDRÉS. ¿Qué es... lo peor?

PEDRO. El campamento. La instrucción. Seis, siete horas marchando bajo el sol, cuando el sargento no tiene compasión de tí, ¡un! ¡dos!, ¡un! ¡dos!, y tú sólo pides tumbarte boca arriba como una bestia reventada. Pero no hay piedad. Izquierda, derecha, desplegar, ¡un! ¡dos! Paso ligero, ¡un! ¡dos!, ¡un! ¡dos! Lo peor es eso. Largas marchas sin sentido. Caminos que no van a ninguna parte.

CUADRO QUINTO

(Un proyector ilumina la figura de Javier, en la guardia. Capote con el cuello subido y fusil entre las manos enguantadas. Sus labios se entreabren y su voz suena, monótona:)

JAVIER. No se ve nada... sombras... De un momento a otro parece que el bosque puede animarse... soldados... disparos de fusiles y gritaría... muertos, seis muertos desfigurados, cosidos a bayonetazos... es horrible... No, no es nada... Es la sombra del árbol que se mueve... Estas gafas ya no me sirven... nunca podré hacerme otras... Esto se ha terminado. ¿Son pasos? Será Adolfo, que viene al relevo. Ya era hora. *(Grita.)* ¿Quién vive? *(Nadie contesta. El eco en el bosque.)* ¿Quién vive? *(El eco. Javier monta el fusil y mira, nervioso.)* No es nadie... nadie... Me había parecido... Será el viento... No viene Adolfo. ¿Qué pasará? ¿Le habrá pasado algo? Puede que los hayan sorprendido en la casa. Yo no he oído nada, pero puede... Es posible que a estas horas esté yo solo, rodeado... Tengo miedo... Hay que pensar en otra cosa. Hay que pensar en otra cosa. Hay que pensar en otra cosa. Es Navidad. Sí, ha llegado el tiempo..., diciembre... Mamá estará sola. Mañana es la víspera de Navidad. Si me pongo a pensar en esto voy a llorar... No importa... Necesito

llorar... Me hará bien... Me he aguantado mucho... Llorar... Estoy llorando... Hace mucho frío... Mamá me ponía una bufanda, me decía que cerrara la boca al salir... "No vayas a coger frío." Si supiera que estoy muerto de frío... Este puesto de guardia... El viento se le mete a uno hasta los huesos... ¿Por qué no viene Adolfo? ¿Por qué no viene? Han pasado dos horas y más. ¡Un, dos! ¡Un, dos! Una escuadra hacia la muerte. ¡Un, dos! Lo éramos ya antes de estallar la guerra. Una generación estúpidamente condenada al matadero. Estudiábamos, nos afanábamos por las cosas, y ya estábamos encuadrados en una gigantesca escuadra hacia la muerte. Generaciones condenadas... Hace frío... Esto no puede durar mucho... Estamos ya muertos... No contamos para nadie... ¡Un, dos! Nos despeñaremos perfectamente formados, uno a uno. Yo no quiero caer prisionero. ¡No! ¡Prisionero, no! ¡Morir! ¡Yo prefiero... *(Con un sollozo sordo.)* morir! ¡Madre! ¡Madre! ¡Estoy aquí...! ¡Lejos! ¿No me oyes? ¡Madre! ¡Tengo miedo! ¡Estoy solo! ¡Estoy en un bosque, muy lejos! ¡Somos seis, madre! ¡Estamos...! solos..., solos..., solos...!

(La voz, estrangulada, se pierde y resuena en el bosque. Javier no se ha movido desde la frase "No es nadie".)

Oscuro

el sentido y rueda por los suelos. Pedro, entonces, saca su machete. Inmediatamente, Andrés, Javier, al ver a sus compañeros, saca el suyo. El Cabo queda acorralado en la pared. Nadie se mueve.)

PEDRO. No ha debido usted hacerlo, cabo. No había motivos. Queríamos celebrar la Navidad.

ANDRÉS. Ha sido un error. (Avanza un paso. Los otros dos, también.) Ya no podríamos vivir con usted.

CABO. (Gravemente.) Fuera de la casa. Hay que cortar leña. Pronto. (A Javier.) Tú, al relevo. Es tu hora.

(Javier no se mueve.)

ANDRÉS. El relevo tendrá que esperar.

CABO. Javier, ¿lo estás oyendo? Al puesto de guardia.

ANDRÉS. No te vayas, Javier. Quédate a la función.

El cabo Goban no se da cuenta de que estamos borrachos. Estamos completamente borrachos.

(Ríe imbecilmente. El Cabo, sin hacer el menor ademán de nerviosismo, monta el fusil y avanza de espaldas al público, hacia la puerta. Ellos no se mueven. Al llegar a la altura de Andrés, éste se arroja sobre él y le da un machetazo en la cara. El Cabo se lleva la mano al rostro. El fusil rueda por los suelos. El Cabo, ciego del machetazo, trata de empuñar con la mano derecha el cuchillo que lleva al cinto. Ya lo tiene. Pero Adolfo, que se ha incorporado, le da un terrible machetazo en la cabeza. El Cabo vacila, pero no cae. Pedro, Javier y Andrés le golpean. El Cabo se derrumba poco a poco. Caen de rodillas y después de bruceos. Se quedan un momento mirándolo.)

ANDRÉS. (Como con estupor.) Está muerto.

PEDRO. (Se inclina sobre él. Levanta la cabeza. Con un gesto torcido.) Sí.

(Javier mira, con angustia, el machete que todavía tiene en la mano, mientras cae el

TELÓN

PARTE SEGUNDA

CUADRO SÉPTIMO

(Es por la mañana. La casa está a oscuras. Fuera de la casa, en la explanada, Andrés, Pedro, Luis y Javier. Pedro y Javier, apoyados en sendos picos, viendo cómo Andrés y Luis echan tierra con las palas sobre el hoyo en que está el cadáver del Cabo. Andrés echa la última paletada y se retira hacia la casa. Pedro y Javier le siguen cansadamente.)

LUIS. Yo no quiero decir nada, pero a mí me parece que... (Pedro se para y le escucha.) que un hombre no debe ser enterrado como un perro.

PEDRO. ¿Qué quieres que hagamos?

LUIS. Pienso que... una oración....

PEDRO. Sí, es verdad.

ANDRÉS. ¿Para qué? Si lo hemos mandado al infierno, ya no hay remedio.

JAVIER. Sí, una oración. Aunque no sirva para nada. Dila, Luis. Yo no me iba tranquilo, dejándolo ahí, sin una palabra. Un hombre es un hombre.

LUIS. (Se quita el casco.) Te rogamos, Señor, acojas el alma del cabo Goban, y que encuentre por fin la paz que en la vida no tuvo. No era un mal hombre, Señor, y nosotros tampoco, aunque no hayamos sabido amarnos. Que su alma y las nuestras se salven por tu

misericordia y por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Apídate de nosotros. Amén.

TODO. *(Que han ido descubriéndose.)* Amén.

ANDRÉS. Bueno, ya está. Vamos.

(Se van retirando.)

JAVIER. *(A Luis.)* Está bien que hayas dicho todo eso. Consuela un poco...

(Va hacia la casa. En este momento están entrando en ella Pedro y Andrés. Se enciende la débil luz solar en el interior. Allí está Adolfo, semiumbado.)

ADOLFO. ¿Ya?

PEDRO. Sí.

ADOLFO. Uf..., por fin... Esta noche se me ha hecho una eternidad. No podía dormir con ese hombre tendido ahí, en la explanada, sin darle la tierra... Era como si no hubiera acabado de morir.

ANDRÉS. Cualquiera salía a cavar un hoyo anoche. Vaya viento... y la lluvia... Una noche que daba respeto... El cadáver ahí, lloviéndole encima... Menos mal que ha amanecido un día tranquilo.

(Entra Javier en la casa. Se sienta, aislado.)

ADOLFO. Un día tranquilo, por fin. Muerto el perro, se acabó la rabia. Es lo que se hace con un perro rabioso, matarlo. Y éste era un mal bicho. Ayer hubiera sido capaz de matarme, de rematarme. *(Escupe.)* Era un mal bicho.

PEDRO. Cállate. Déjanos en paz.

ADOLFO. ¿Qué os pasa?

PEDRO. ¡Nada!

(Andrés boseza.)

ANDRÉS. Yo tampoco he podido dormir. Estoy muy cansado.

(Se tumba. Pausa.)

JAVIER. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

PEDRO. No hay nada que hacer. Esperar, como si no hubiera pasado nada.

ANDRÉS. ¡Como si no hubiera pasado nada! ¡Y nos hemos cerrado la última salida! *(Entra Luis. Se queda en la puerta, como teniendo entrar en la conversación de los otros.)* Después de lo que ha ocurrido, me doy cuenta de que podía haber pasado el tiempo y la ofensiva sin llegar... y en febrero es posible que nos hubieran retirado de este puesto... y que nos hubieran perdonado... El castigo cumplido... y a nuestras unidades, a seguir el riesgo común de los otros compañeros... Todo esto lo he pensado, de pronto, ahora que ya no hay remedio. La última salida ha sido cerrada. Si no hay ofensiva, hay Consejo de Guerra.

ADOLFO. ¿Consejo de Guerra? ¿Por qué? Si hay suerte y continúa hasta febrero la calma del frente, nadie tiene por qué enterarse de lo que ha pasado aquí. Al enlace se le dice que el cabo murió de un ataque al corazón.

ANDRÉS. Cuando muere el cabo de una escuadra de castigo, en seguida se piensa que no ha muerto de muerte natural y se investiga. Se interroga hábilmente a los castigados y se busca el cuerpo... Desenterrarían el cadáver y... *(Con un gesto torvo.)* el cráneo roto...

ADOLFO. Entonces, una caída... O desapareció...

ANDRÉS. Sí, ¡se estufó en el aire!

ADOLFO. Fue de observación y seguramente lo atraparon. Estará prisionero o quién sabe..., muerto...

PEDRO. *(Que ha asistido calladamente a este diálogo. Se levanta.)* No te canses, Adolfo. Si llegamos a febrero, habrá Consejo de Guerra. Eso os lo aseguro yo, desde ahora.

ADOLFO. ¿Por qué?

PEDRO. Bah... Todavía es pronto para preocuparse de eso. Son cosas más..., ideas que uno tiene. Por otra parte, lo más seguro es que no llegemos a febrero.

Nos quedan cuarenta días de puesto. Y si ha de haber ofensiva, Dios quiera que empiece dentro de estos cuarenta días.

ADOLFO. ¿Te has vuelto loco?

PEDRO. Ya lo veremos. Por el momento, si os parece, sigue rigiendo el mismo horario de siempre.

ADOLFO. Pedro, aquí ha muerto un hombre y ese hombre era el cabo, y si piensas que todo va a continuar igual, te equivocas. Yo hago lo que quiero y en mí no manda nadie. Se acabaron las órdenes y los horarios. Se acabaron, al menos para mí, las guardias, y la noche, desde ahora, es para dormir.

PEDRO. Te estás equivocando, Adolfo. Esta escuadra sigue en su puesto. Y si no estás de acuerdo, trata de marcharte.

ADOLFO. ¿Oís, chicos? Hay un nuevo cabo. Se ha nombrado él. (*Ríe. De pronto, serio.*) Escucha, Pedro. Si quieres seguir la suerte del otro continúa así.

PEDRO. ¿Me amenazas?

ADOLFO. Te aviso.

PEDRO. Pues ya sabes cómo pienso. Y si hay que vernos las caras, nos las veremos. Soy el soldado más antiguo y tomo el mando de la escuadra. ¿Hay algo que oponer?

ANDRÉS. Por mí..., como si quieres tomar el mando de la división.

JAVIER. A mí me da igual.

LUIS. No, Pedro. Yo no tengo nada que oponer.

PEDRO. (*A Adolfo.*) Ya lo oyes.

ADOLFO. Si te pones así, es posible que decida hacer una excursión.

PEDRO. ¿Cómo "una excursión"?

ADOLFO. Un largo paseo por el bosque.

PEDRO. ¿Adónde quieres ir?

ADOLFO. No lo sé aún.

PEDRO. ¿Entonces?

ADOLFO. Si me encuentro incómodo aquí...

PEDRO. No se te habrá ocurrido...

ADOLFO. ¿Qué?

PEDRO. ¡Pasarte!

ADOLFO. ¡Yo no he dicho eso! He dicho "una excursión".

PEDRO. Oye, Adolfo. Que no se te ocurra abandonar el puesto, ¿lo oyes? Que no se te ocurra. Por desgracia, uno tiene ya las manos manchadas de sangre y lo más fácil es que un muerto más no se me note en estas manos ni que me vayan a temblar por eso.

ADOLFO. Ahora eres tú quien me amenaza.

PEDRO. No. Me defiendo.

(*Un silencio.*)

ADOLFO. Está bien. ¿Sabes lo que pienso, tú? Que somos dos imbéciles. Si tenemos distintos puntos de vista, no hay que enfadarse, ¿verdad?, sino tratar de conciliarlos y llegar a un acuerdo como buenos amigos. ¿Eh, Pedro?

PEDRO. Sí. (*Transición.*) No sé si me comprendéis. Lo que yo no quisiera es que, por este camino, llegáramos a degenerar y a convertirnos en un miserable grupo de asesinos. Se es un degenerado cuando ya no hay nada que intentar, cuando uno ya no puede hacer nada útil por los demás. Pero a nosotros se nos ofrece una estúpida posibilidad: cumplir una misión. Y la cumpliremos. Yo no quiero que acabemos siendo una banda de forajidos. Yo no soy un delincuente..., y menos un asesino... Ni vosotros... No hemos conseguido ser felices en la vida..., eso es todo.

LUIS. (*Por primera vez, habla.*) Es horrible que haya ocurrido todo esto, ¿verdad? Hay que contar con ello, pero... es horrible... Era preferible sufrir las impertinencias del cabo, a tener que pensar en esta muerte.

ANDRÉS. Tú no tienes que pensar en nada, Luis. Ni siguiera tienes que meterte en nuestra conversación. Déjanos a nosotros. Tú no tienes nada que ver con lo que aquí ha pasado.

LUIS. No. Eso no. Yo soy uno de tantos, Andrés. Yo estoy con vosotros para todo.

ANDRÉS. Es inútil. Por mucho que quieras, tú ya no puedes ser uno de tantos. Tú no estabas en la casa. Tú no sacaste tu machete. Tú no sentiste ese estremecimiento que se siente cuando se mata a un hombre...

LUIS. No... Pero yo hubiera bebido con vosotros. Yo hubiera empuñado el machete y le hubiera pegado como vosotros, de haber estado aquí.

ANDRÉS. No sé. Eso no puede ni pensarse.

LUIS. Yo soy un buen compañero.

ANDRÉS. Sí, claro.

LUIS. Yo te aseguro...

ANDRÉS. No te preocupes. Si no hay que preocuparse...

LUIS. Yo no tengo la culpa de que me tocara la guardia a esa hora.

ANDRÉS. Claro. Si nadie te dice nada.

LUIS. No quieres crearme.

ANDRÉS. Te equivocas. Te creo.

(*Se levanta y deja a Luis solo. Pedro ha empezado a cantar algo.*)

ADOLFO. (*Se tapa los oídos*) Pedro, ¿quieres cantar?

PEDRO. ¿Qué te pasa? ¿Es que no puede uno cantar?

ADOLFO. No... Canta lo que quieras... Pero es que ésa... es la canción que cantaba a veces el cabo Goban. Y no me gusta escucharla.

OSCURO.

CUADRO OCTAVO ⁴

(*Todos menos Pedro. Sucios, sin afeitarse y tirados por los suelos. Adolfo se remueve.*)

ADOLFO. ¿Sabéis lo que estoy pensando? Que ya es demasiado y que así no podemos seguir... Días y días,

⁴ Las muchas correcciones y cambios que se encuentran en el manuscrito a partir de aquí evidencian una marcada vacilación del autor en trazar el desarrollo de la obra hasta su desenlace, y confirman la declaración de Sastre de que se había lanzado a escribir la obra sin saber cómo iba a terminar ni qué iba a pasar después del asesinato del Cabo (ver *Obras completas*, pp. 157-158). Al comienzo del cuadro VIII figuran dos versiones que habían de descartarse:

(1) "Sobre el oscuro se oye la voz de Adolfo, que grita: '¡No puedo más! ¡No puedo más!' Se enciende la luz. Están los cinco en escena. Acaban de comer y están tumbados. Fuman. Están sucios, sin afeitarse, y la casa aparece descuidada, en desorden. Adolfo está de pie."

(2) "En el oscuro, sobre pantalla en primer término, pequeña: primer plano del cabo Ruiz, cuya imagen está como deformada, como reflejada en un espejo curvo. [Sigue, hablado por el Cabo, el largo parlamento que actualmente aparece en el cuadro I: 'Este es mi verdadero traje...'. Luego:] Se oye la risa nerviosa de Javier. Solozos y gemidos de un hombre que tiene una pesadilla y no puede dormir." La segunda versión es de interés especial para comprender el desarrollo artístico de Sastre. Sin duda Sastre hizo bien en su primer esta escena, cuyos efectos cinematográficos y expresionistas hubieran estado fuera de lugar en un drama tan escueto como *Escuadra hacia la muerte*. Sin embargo, esta escena descartada revela el interés que ya en 1952 sentía Sastre por técnicas escénicas que luego ocuparían un lugar centralísimo en su teatro a partir de 1965: la proyección cinematográfica y la de formación esperpéntica.

PEDRO. ¡Bah! No hay que preguntar. ¿Para qué? No hay respuesta.⁷ El único que podía hablar está callado. Mañana vendrá seguramente la patrulla. Échate a dormir. Yo haré la guardia esta noche.

LUIS. No. Échate tú, Pedro. Yo haré la guardia.

PEDRO. Entonces... la haremos juntos, charlaremos... tendremos muchas cosas que decir. Seguramente es la última noche que pasamos aquí. Sí, esto se ha terminado.

LUIS. *(Que ha mirado fijamente a Pedro.)* ¿Sabes? Yo apenas hablo..., no me gusta decir muchas cosas..., pero hoy, que estamos tan solos aquí, tengo que decirte que te admiro. Y que te quiero mucho. Que te quiero como si fueras mi hermano mayor.

PEDRO. Vamos, muchacho... Estás llorando... No debes llorar... No merece la pena nada... *(Saca un paquete de tabaco con dos cigarrillos.)* Mira, dos cigarrillos. Son los últimos. ¿Quieres fumar?

(Los ha sacado y estrujado el paquete.)

LUIS. No..., no he fumado nunca.

PEDRO. Que sea la primera vez. *(Encienden. Fuman.)* ¿Te gusta? *(Luis asiente, limpiándose lágrimas, como de humo. Pedro le mira con ternura.)* Tu primer cigarrillo... No lo olvidarás nunca... Y cuando todo esto pase y te parezca como soñado, como si no hubiera ocurrido nunca..., cuando tú quieras recordar... Si algún día, dentro de muchos años, quieres volver a acordarte de mí..., tendrás que encender un cigarrillo..., y con su sabor esta casa volverá a existir, y el cuerpo de Javier estará recién descolgado, y yo... yo te estaré mirando... así...

(Está oscureciendo. Cae lentamente el

TELÓN

⁷ En la edición de Losada y la de Appleton-Century-Crofts, aparece aquí la indicación escénica: "Mirando hacia el cielo." Esta frase no aparece en el manuscrito ni en ninguna edición española de la obra.

LA MORDAZA

DRAMA EN SEIS CUADROS Y UN EPÍLOGO